palpite y vierta sangre si es preciso, dando con esa sangre testimonio de que aún conserva la energía vital, y de que aún es tiempo de que sobre ella descienda la palabra de redención.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Bogotá, Junio 23 de 1906.

A LA TORRE DEL CLAUSTRO

Al Sr. D. Antonio Gómez Restrepo

Mientras absorto en su destino, y serio,
El Claustro vela entre la noche amiga
Con placidez de viejo monasterio,
¡Déjame leer el íntimo misterio
Que avaro há siglos tu mutismo abriga!

Es hora de quietud y poesía
En que tu sueño augusto no conturba
Ni la grita infantil clara y riente,
Ni el eco sordo que la humana turba
Alza en la arena de la vida, ardiente;
Sólo la esfera azul canta sublime
El poema de luces siderales,
Y arrullada en su mística armonía,
Duerme en paz la mansión de los mortales.

Hace siglos, batida por el viento,
Cascada por los años, y desnuda,
Reliquia de otra edad, demoras muda,
Embebida en tu propio pensamiento·
Pero llega la tarde que desata
Sus celajes de lánguidas cortinas
Por el cielo de nácar y de plata,
Entonces rompes tu soñar de momia,
Se estremecen tus ruinas,
Aura de vida anima tus escombros;

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

Son las pardas é inquietas golondrinas
Que en alas de las brisas vespertinas
Vienen á retozar sobre tus hombros.

Es cierto que no luces arrogante
Ricos frisos ni altivos capiteles,
Ni con nobles broqueles
De oro, deslumbra tu facción brillante;
Que empedernido yace y descubierto,
Tu canto gris á la inclemencia, es cierto;
Mas hay en ti un lenguaje extraño y vago
Que va al fondo del alma y la cautiva,
Me fascinas y arrastras como un mago
De voz honda, secreta y persuasiva.

Eres humilde y pobre, eres modesta,
Tu sencillez ni busca ni reclama
Ni el fausto, ni la envidia, ni la fama,
Pero en cambio, ¡oh tesoro! en tu memoria,
Una por una, como en caro nido,
Palpitan en tu sílex aterido
Las mil leyendas de la patria historia.

Cuéntame tus secretos: cómo un día
Se elevó hacia el azul tu alba silueta
En medio de la rústica alquería
Que, oculta de los cerros en la falda,
Una humilde violeta parecía
Sobre el campo esmeralda.

¡Cuán feliz en su prístino ropaje
De desaliño agreste,
Estas selvas te abrieron su paisaje!
En la campiña la frescura casta
Del paraje sin dueño, sobre el monte
El pico audaz que quiebra el horizonte
Y entre la nieve cándida se engasta,
En la montaña y la llanura vasta,

El sueño de las casas primitivas,
Y arriba, puro, como núbil velo,
El azul transparente de este cielo,
Huésped afortunado! sorprendiste
En su candor, al genio que arrullaba,
Antes de ser esclava,
A la raza del sol doliente y triste.

Y recuerdas la vida y el encanto
Que estos collados dieron al ibero,
Pero ¡ay! también tu pardo cal y canto
Perdura ennegrecido por el llanto
Que el vencido regó bajo tu alero.

Y después despuntar rica de galas
Viste la aurora en que tendió sus alas
Por estos cielos Libertad, y entonces,
Embriagados tus bronces
Que hoy sólo el toque de oración anuncian;
Se tornaron en bélicos clarines
Que hirieron la amplitud de los confines
Desde el modesto nido en que dormitan.
Y á sus ecos, estirpe de centauros
Brotó el Ande, sublime en su coraje,
El llanero fue dios, y sus corceles,
Como un alud, los cántabros laureles
Arrollaron con ímpetu salvaje.
Pero el recuerdo se lamenta y gime:
El alma Sol cuya ánfora de lumbre
Brindara auroras de radiosos lampos,
Sin tocar el cenit en su carrera,
Como un águila herida, de la cumbre
Rodó al abismo y se eclipsó á sus campos.

Hoy como añoso tronco que en el llano
Huérfano y solo queda
Donde antes fuera el palio soberano
De majestuosa y fértil arboleda,

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

Alzas en la ciudad tu prisma exiguo,
Testigo de otro tiempo, que se baña
En el fulgor extraño de lo antiguo.

Duerme, pues, atalaya que demoras
Como una esfinge sobre el claustro serio
Bajo el secreto de la noche amiga,
No entrègues el enigma que atesoras,
Guárda contigo el íntimo misterio
Que avara há siglos tu mudez abriga.

ALBERTO CORADINE
Bachiller en Filosofía y Letras,
Convictor é Inspector del Colegio

Mayo de 1906.

LECCION APROVECHADA

Á MI RESPETADO Y QUERIDO MAESTRO
SR. DR. D. RAFAEL MARÍA CARRAQUILLA

Risueño y alegre aspecto presentaba aquella casa, perdida casi bajo la sombra de corpulentos árboles; y ¡cómo regocijaba el alma la contemplación de los sembrados que en torno suyo se extendían, pregonando, con la voz elocuente de sus frutos, lo fértil y generoso de aquellas dilatadas tierras de labor, tan productivas y fecundas!

Era de verse aquello en los tiempos de la siega, cuando una enorme tropa de aldeanos de ambos sexos invadía los trigales. ¡Cómo caían al golpe de las hoces las granadas espigas, que atadas luégo en gruesos manojos, iban á formar pilas enormes cuyo conjunto parecía á lo lejos un vasto campamento militar, abrigado á la sombra de numerosos toldos de campaña. ¿Y qué decir de aquellas trojes rebosantes de grano? ¿Qué de aquella numerosa vacada que al caer la tarde entraba mugidora en el aprisco al